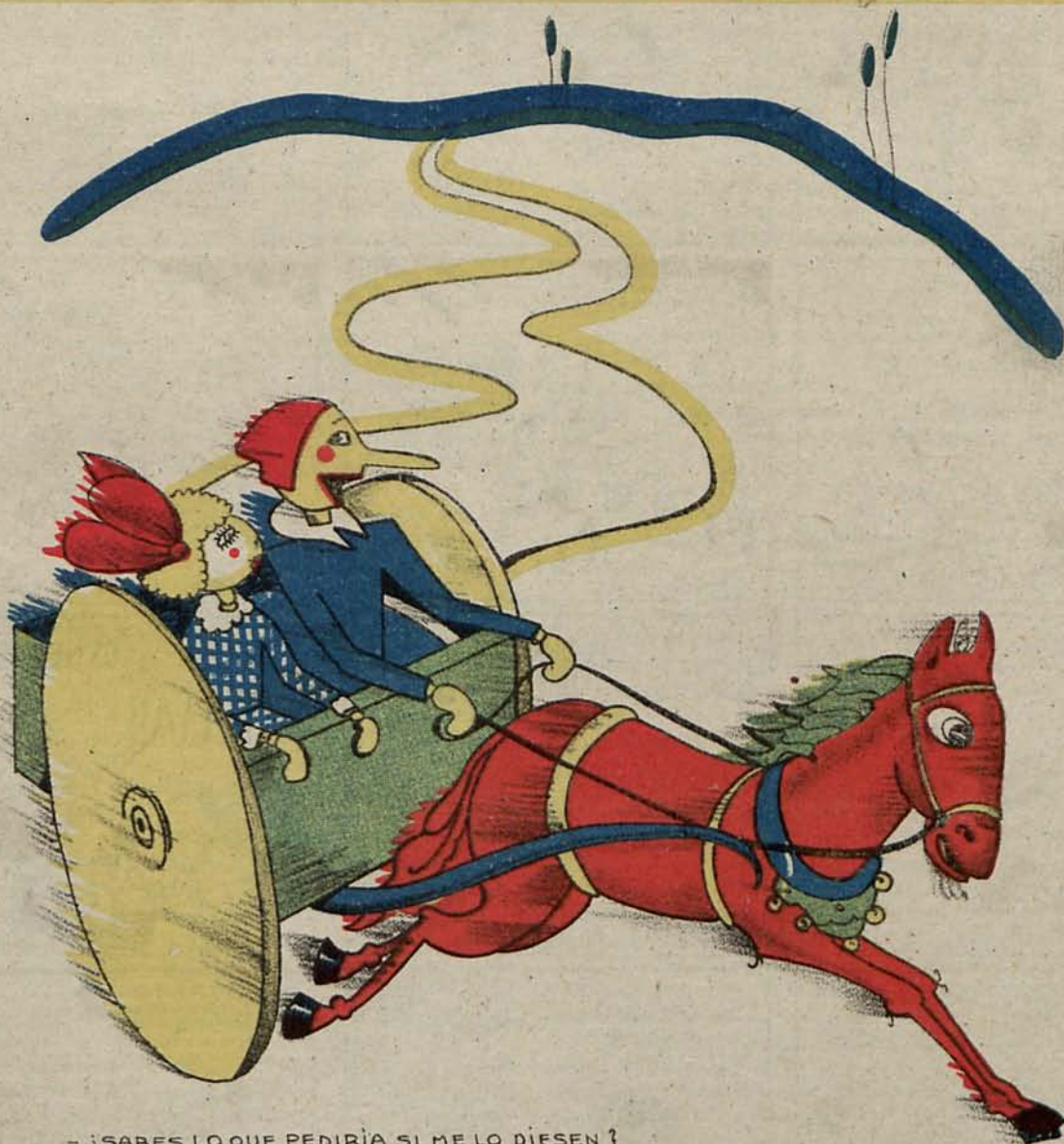


# PINOCHO

AÑO. IV  
NUM. 200

25 cts

16 DICIEMBRE  
1928



- ¿SABES LO QUE PEDIRÍA SI ME LO DISEN ?  
- EL QUÉ ?  
- MIL MILLONES DE DUROS.  
- ¿Y SI LOS TUVIESES ME DARÍAS CIEN DUROS ?  
- NI UN CÉNTIMO, PORQUE CON EL MISMO TRABAJO PUEDES TENERLOS TÚ



*La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón*







# EL AVION NEGRO

NOVELA

POB

ALBERTO ORS

(Continuación.)

La policía abrigaba el temor de que los terroristas hubiesen tramado algún plan infernal para aquel día; así es, que todas las

personas sospechosas eran detenidas, y los agentes de seguridad exploraban minuciosamente las calles, para prevenir, o si llegaba el caso impedir, cualquier tentativa revolucionaria.

—No podremos pasar —dijo Vera a su compañero.

—Pero con gran estupor por su parte, al primer agente que se encontraron, el cual les hizo seña de que se detuvieran, el cochero le murmuró una palabra que Vera no pudo comprender, y el agente respondió en alta voz:

—¡Está bien!

El vehículo prosiguió su veloz carrera.

Vera le preguntó al cochero quién le había dado aquella contraseña; pero el malhumorado individuo masculló una respuesta ininteligible, y continuó pasando con toda libertad entre las patrullas, pronunciando siempre, en alta voz, la misma incomprensible sílaba.

Ya debían de estar cerca del palacio del general Sadoff; pero Vera dióse cuenta, con gran estupor, que la *troika* se desviaba del verdadero camino.

—¡Por aquí!, ¡por aquí! —le gritó al cochero que había lanzado al galope a los caballos por una calle lateral. — ¡Te equivocas de calle!

Pero Vera no pudo terminar de decir la frase. En el momento en que, presintiendo la situación en que se encontraba y el lazo en que había caído, disponíase a saltar al suelo, corriendo el peligro de estrellarse, la *troika* se paró de improviso, y la joven sintió que unos brazos la agarraban arrastrándola violentamente. La valerosa joven no perdió por esto la serenidad; revolviéndose con increíble energía, intentó gritar, pero una manaza le cerró con fuerza la boca y tres o cuatro vueltas de cuerda impidieron inmediatamente todo movimiento con los brazos y las piernas.

La joven miró en torno suyo. Cuatro cosacos ebrios la rodeaban. Uno de ellos, agarrándola brutalmente por el talle, volvió a arrojarla en la *troika*. Los otros ocuparon los sitios restantes, y el vehículo reanudó su marcha.

Los soldados reíanse a carcajadas. Aquel que le había cerrado a Vera la boca, sacó un pañuelo de su capote y amordazó estrechamente a la víctima, reducida ya a la inmovilidad por las delgadas y apretadas cuerdas que la penetraban en las carnes.

—¡Atención! ¡Respondemos de ella con nuestra vida!

—¡Debe de ser un precioso botín!

—¡Esta noche encontraremos algo que beber en la Fortaleza!

—¡Quieta, querida mía! ¡Es inútil que te agites así! ¡Cuando se cae en nuestras manos, no se sale ya de ellas!

Vera sentíase enloquecer. Su padre, tal vez moribundo, la aguardaba para poner por última vez su mano sobre la cabeza de su hija, y ella había caído en poder de los aborrecidos cosacos. Vera sabía demasiado los infames excesos a que se entregaban aquellos malvados borrachos; el ejemplo de José Duda estaba aún muy reciente, y todos los días había otros de muchachas como ella, que conservaban la vida únicamente para que pudieran desear el perderla.

Al menos, ¿dejaríanla morir?, o ¿qué suerte, aún más terrible, le aguardaba? Vera preguntábase con terror, adónde la arrastrarían aquellos infames, pero su incertidumbre duró poco. Enfrente de la *troika* abrióse la terrible puerta de San Pedro y San Pablo, del lúgubre edificio que había sido la tumba de su amado.

La *troika* recorrió a escape la larga alameda.

Al llegar ante la reja de hierro que formaba la puerta de la cárcel, se paró.

Abrióse la puerta de par en par, y la *troika* penetró en el oscuro y humoso vestíbulo, resonando lúgubremente bajo la baja bóveda.

Entonces el misterioso cochero bajóse el cuello de la pelliza que le tapaba la cara, y Vera pudo descubrir el antipático rostro de Patko, el zingaro enemigo de Zegedin.

—Número 1.266 —dijo el carcelero.

—¿La celda de José Duda?

A pesar de comprender que estaba perdida, a pesar de tener ya preparado el ánimo para sufrir las más atroces angustias, a pesar de haber hecho un llamamiento a toda la energía de su temple de acero en ayuda de los más terribles sufrimientos, al oír pronunciar el nombre del mártir, a cuya memoria había dedicado su vida, Vera sintió anegarse su corazón en una profunda desesperación.

En un momento sintió todo el desaliento de su impotencia, sintió debilitarse, desvanecerse de modo irreparable todos sus arrogantes propósitos, y con la garganta atenazada por los sollozos, que en vano trataban de abrirse paso por su bella boca amordazada, retorcióse en un movimiento de rebelión suprema e impotente, rogándole a Dios fervorosamente que la enviase la muerte.

Pero dos de aquellos canallas agarráronla brutalmente y, clavándole las puntas de las picas en sus delicadas carnes, la empujaron por el lóbrego pasadizo, que conducía al antro destinado.

Vera oyó cómo una puerta de hierro abríase delante de ella, con horrendo estrépito de cerrojos y cadenas, y cayó pesadamente sobre el suelo húmedo y fangoso, en la más absoluta oscuridad.

De improviso vió que se iluminaba el lóbrego sitio



en donde yacía, oyó volverse a cerrar la puerta, y levantó sus aterrados ojos.

Delante de ella, como una visión desagradable y repugnante, dibujábase la falsa y satánica sonrisa del capitán Godunov...

## XIX

### *Godunov, triunfa.*

Godunov no había perdido el tiempo. Mientras que el pobre general Sadoff expiraba, dedicando el último suspiro de su vida a su hija, a la cual no volvería a ver en este mundo, el malvado oficial corría con la preciosa hoja de papel, escrita por el moribundo, en busca de Patko, el traidor zingaro, el cual, para perder a Zegedin, habíase entregado a su servicio en cuerpo y alma.

Patko no ignoraba que Zegedin quería salvar a todo trance a Shasky y sus amigos, y comprendía que, contribuyendo a la captura de Vera, causaría a la joven zingara una dolorosa contrariedad.

A Godunov no le costó mucho el encontrar a Patko. Este estaba en la taberna que había pertenecido a Pedro Kutorovic y que ahora ocupaba un antiguo instrumento de la policía, un tal Miguel Frenkel, junto al cual, los agentes del orden, habían establecido su cuartel general. Estos reuníanse allí para pedirle el vodka, el infernal liquido; el valor que no hallaban en su alma para llevar a cabo las nefandas acciones, que han hecho estremecerse de espanto a toda la Europa civilizada.

Patko acudió inmediatamente al llamamiento de Godunov; cogió la carta que el capitán le entregaba, saltó sobre la *troika*, y declaróse dispuesto a cumplir la misión que se le confiaba; es decir, el entregarle la carta a la desventurada joven. Patko era la persona más a propósito para ello. El conocía perfectamente el sitio exacto, y en su calidad de zingaro podía, mejor que ningún otro, lanzar a una velocidad desenfrenada a los tres fogosos potros tomados de la caballeriza de Godunov. Este estaba al tanto de las disposiciones de seguridad pública, tomadas para evitar un posible atentado en la revista del siguiente día, dándole a Patko la palabra de contraseña para pasar, sin ser molestado, por entre las patrullas que exploraban las calles de San Peterburgo.

Godunov estremeciase de gozo al pensar que, al fin, iba a apoderarse de Vera. Su negativa a ser su esposa, las atroces injurias que le lanzó durante su coloquio con ella en el palacio Sadoff, la ofensa del jarrón de flores, arrojado en pleno rostro, la burla de la fuga, y más que nada, la afrenta del latigazo, cuya señal habíasele quedado en la cara como una marca indeleble, eran otros tantos grandes estimulantes para el odio del malvado y su sed de venganza.

Pero con la captura de Vera aún no se quedaba satisfecho. El había anotado en su libro de *debe y haber*, y especialmente, en la partida de *haber*, otros dos nombres: el del profesor Guthowsky y el de Zegedin; es decir, el de Zanolbia Kaloazky, la zingara privilegiada del Czar, la cual habíale infligido tan vi-

sible humillación. Habíase visto obligado, realmente, a rendir las armas ante las faldas de una zingara, y retroceder delante de ella como un soldado innoblemente apaleado, soportando el inconfesable ultraje de un zurriagazo en mitad de la cara.

Godunov habíase jurado a sí mismo, que tanto el sabio como la zingara, pagarían cara su arrogancia. Disponíase a comenzar, ajustándole las cuentas al profesor Guthowsky, el cual habíalo tratado como a una mujerzuela, hechizándolo con una fuerza mágica y misteriosa, reduciéndolo a la impotencia, mientras que sus enemigos poníanse en salvo. Sin la diabólica intervención del sabio, estarían ya en su poder los jefes de la asociación terrorista, habríase vengado ya atrocemente de Vera, y los terribles «Hermanos del Silencio» estarían ya reducidos a la impotencia.

¿Qué mejor camino para conquistar de un golpe el favor del Czar y suplantar en el puesto de Jefe de Policía a aquel asno de Kustini Kuravief? Si Godunov encontrábase lejos de todo esto, era por culpa de aquel sabio hechicero; pero ahora ya no escaparía éste a su ira, ni aun cuando le ayudase el mismo infierno.

En tanto que Godunov formaba y ponía en práctica, con mayor cuidado, el plan que aquella misma noche debía hacer caer en sus manos a Vera y al profesor, el cual, tranquilo y solitario después de la partida de Wassili, Shasky y Vera, había reanudado su vida de anacoreta, únicamente pesoso de que una palabra, por desgracia escapada durante su delirio acerca de un extraño resultado de sus indagaciones científicas, hubiera sido causa de tantos trastornos ocasionados alrededor suyo, y de tales peligros para personas que le eran tan queridas como Wassili, y por otras, como Vera y Shasky, por las cuales había nacido tanto afecto en su árida alma de hombre de ciencia. Ni de estos nuevos amigos, ni de su ayudante, no había vuelto a saber nada más desde el día en que pudo salvarles de un modo un tanto extraño. Ni por otra parte, tampoco él tenía tiempo de pensar mucho en ellos.

Bien pronto sus estudios volvieron a apoderarse de él, haciéndole casi olvidarse de los últimos acontecimientos, incluso de la última aventura con el capitán Godunov, cuando una visita inesperada reclamó de nuevo su atención hacia el doloroso argumento, del cual creía haberse librado para siempre.

Después de los últimos peligros corridos de la visita hecha por los agentes de la policía y de la novelesca fuga de Wassili, Shasky y Vera, la habitual confianza de Marta había desaparecido. Le asustaba hasta al rumor de la fronda, viendo un enemigo, un gendarme o un bombista en cualquiera que se presentaba en la casa de campo.

Un día oyó vibrar el timbre eléctrico de la puerta exterior.

—¿Quién será? —murmuró asaltada de sospechas.

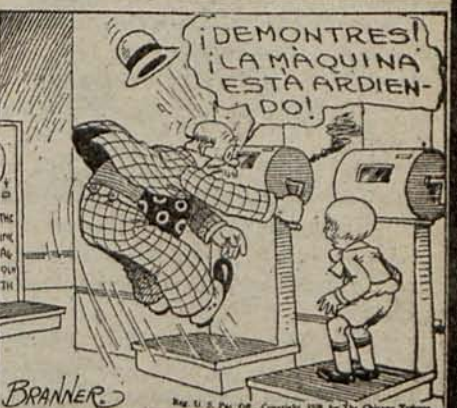
De mala gana dirigióse hacia la puerta, pero antes de abrir observó por la mirilla quién era el visitante.

(Continuará en el número próximo.)





# COLORÍN y su PANDILLA







# EL OGRO DE LA SELVA

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES DE LA NUEVA SERIE 'BARBILÓN'

(Continuación)

»Todos me creían muerto, y relatándole mi odisea, al llegar al punto en que me escapé, una descomunal carcajada hizo re-

tumbar las bóvedas del cuerpo de guardia.

»¡Qué cara pondrá el ogro cuando se dé cuenta de que en vez de carne fresca lleva un pedruscol! —les dije—, y mis camaradas volvieron a reír mientras me felicitaban por mi astucia y mi buena suerte.

»Pero yo, agotado por tan fuertes emociones, guardé cama durante un mes.

»... Y aquí tenéis la explicación de mis continuadas negativas a salir de caza durante una larga temporada.»

La voz de Barbilón apenas era perceptible. Sus ojos se volvían cautelosamente para examinar los menores movimientos de las ramas del bosque, que una ligera brisa balanceaba suavemente. Las sombras de la noche invadían rápidamente la selva. La voz de Ricardo resonó viril en el ambiente adormecido.

—¡Bah! Mi padre, al morir, nos armó caballeros, e indigno de un caballero es dejarse vencer del miedo. Si Dios dispone que hemos de morir, sabremos hacerlo sin una queja, y si, por el contrario, nos reserva el galardón de una victoria, con ella empezaremos nuestra carrera.

—Razón tienes, hermano —dijo Manfredo—. Sin embargo, soy de opinión que hoy no encendamos fuego o que al menos lo hagamos con las debidas precauciones.

—¡Los dos habéis hablado como cumple a los buenos caballeros! —dijo Barbilón con la voz ya en su diapasón ordinario—. Pero, por si acaso, voy a prepararme.

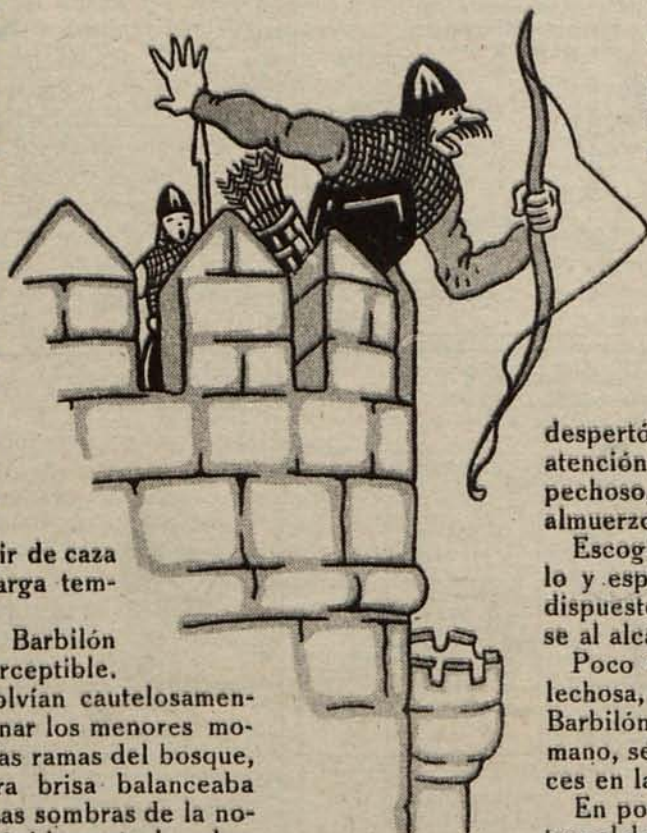
El escudero se acercó a un árbol, y por el tacto (pues la vista entonces de poco le servía) escogió una rama fuerte y recia, y desgajándola de un tirón y volviéndose a sentar en el suelo, empezó, con arte y destreza, a transformarla en una colosal porra.

—Me vuelvo viejo..., bueno es procurarse un apoyo —decía Barbilón mientras efectuaba esta operación.

Los muchachos no presenciaron el final de la escena porque se durmieron plácidamente, y el mismo escudero, su faena acabada, no tardó en imitarles.

La noche transcurrió sin sobresaltos de ninguna especie.

Barbilón



despertó una hora antes de salir el sol; escuchó con atención durante un buen rato, y, no oyendo nada sospechoso, partió en busca de caza para preparar el almuerzo.

Escogió un sitio a propósito cerca de un riachuelo y esperó pacientemente a que cualquier animal, dispuesto a echar el primer trago matutino, se pusiese al alcance de su brazo.

Poco a poco se despertó el bosque y una claridad lechosa, extendiéndose por Oriente, anunciaba el día. Barbilón contuvo la respiración, afirmó su estaca en la mano, se ocultó detrás de un árbol y se echó de bruces en la hierba.

En pocos momentos bajó, con grande algazara, un tropel de animales al arroyo: cabras salvajes, antílopes, liebres, conejos, ciervos y multitud de aves de todas especies y colores; pero el escudero, desdenando unas por pequeñas y otras por ofrecer dudosos blancos, vió avanzar la mañana sin que hubiese podido descargar su garrote.

Ya iba a levantarse, cuando notó que se acercaban cautelosamente un par de osos.

—¡Esta es la mía! —dijo alborozadísimo Barbilón.

Y tan pronto como se le pusieron a tiro, descargó su garrote a bulto, alcanzando a las dos fieras en mitad del espinazo. Los osos, sin embargo, no hicieron movimiento alguno ofensivo. Dando quejidos lastimeros, y





con las patas delanteras apoyadas en la parte dolorida, se fueron alejando del formidable garrote. ¡Sin duda creían que era un árbol lo que les había caído encima!

—¡Por vida del demonio! —exclamó Barbilón fuera de sí.

Y sin medir el peligro se incorporó, para que al verle las fieras se abalanzasen sobre él.

Pero sucedió todo lo contrario. Los osos volvieron la cabeza al ruido y al ver aquella descomunal pelambreira roja debieron creer que pertenecía a una fiera de la peor especie, porque emprendieron un galope desenfrenado, perseguidos siempre por Barbilón, que al ver que se le escapaba la comida les iba gritando de nuevos.

La carrera no fué del todo desafortunada, porque de pronto, de entre los árboles, un enorme jabalí se lanzó



a él con rabia ciega. El escudero no tuvo tiempo más que de asirse con una mano a una gruesa rama que afortunadamente estaba a su alcance y hacer una flexión. El jabalí pasó bajo él como una flecha; pero ya Barbilón se había vuelto a des-

colgar, y antes de que la fiera se acabase de revolver, de un fenomenal estacazo la dejó tendida a sus pies.

El escudero entonces, desdeñando los osos, agarró al jabalí, se lo echó auestas y, contento como unas pascuas, a grandes pasos volvió al campamento dispuesto a hacer la comida. Algo le costó encontrar el camino, pero al fin descubrió la eminencia donde habían pasado la noche. Subió la cuesta en dos zancadas y echó un vistazo a la plazoleta. Su estupefacción fué tan grande, que el jabalí resbaló de su mano y cayó al suelo. ¡Ni Ricardo ni Manfredó estaban allí! En un árbol le pareció ver un objeto sospechoso. Se acercó a él con el garrote en alto. Era una cinta azul cuidadosamente atada.

—¡Vamos!... Manfredó me proporciona noticias —se dijo Barbilón ya más tranquilo.

Volvió a cargar con el jabalí y siguió adelante.

No tardó en encontrar una rama recién tronchada, puesta al través de una estrechísima senda, de modo que fuese bien visible.

—La cosa se complica —murmuró Barbilón volviendo a su anterior intranquilidad.

Más adelante encontró una flecha grabada a toda prisa a punta de espada en un grueso tronco, y más adelante un ojo, también esculpido.

Entonces sí que el escudero se quedó meditabundo.

—¡Ojo!... ¡Ojo!... ¡Ojo!... ¿Qué habrá querido decir Manfredó?... ¡Ah, ya caigo!... Como Manfredó sabe que no sé leer, ha querido indicarme

que ande con cuidado. ¿Si andarán en escaramuzas con el ogro?...

Y el buen escudero, lleno ya de ansiedad, arrojó el jabalí por segunda vez al suelo, apretó la tranca con su nervuda mano y echó a correr como los perros cuando siguen una pista.

## II

Manfredó se había despertado antes que su hermano, y le vió dormir tan a gusto, que, para no interrumpir su sueño, se alejó sin hacer el menor ruido y se dirigió hacia un arroyo cercano para lavarse la cara. Estaba entretenido en aquella operación, cuando le pareció oír un ruido sospechoso. El instinto le hizo agacharse y pronto tuvo que aplaudirse su prudente determinación.

Un hombre de gran estatura (unos tres metros) subía a gran velocidad la pendiente de la colina, olfateando el aire con manifiesta complacencia. El crujir de las ramas que apartaba con sus descomunales manos, su fuerte respiración y el retumbar del suelo a su paso, producían un ruido capaz de atemorizar al más valiente.

El ogro, pues ya no cabía duda de que de él se trataba, iba vestido de unas calzas amarillas y un jubón azul tan rotos y descosidos, que hubiese podido pasarse de usar esas prendas sin que apenas se notase. Una espesa capa de mugre le cubría todo el cuerpo.

De pronto, Manfredó, que lleno de horror le contemplaba, le vió sonreír y pensó desmayarse del susto, pues el gigantazo había mostrado una boca de tal tamaño, en ancho, alto y hondo, que más que boca parecía la entrada de tenebrosa caverna. Quiso el muchacho gritar para advertir a su desgraciado hermano del evidente peligro que corría; pero los sonidos expiraron en su garganta. Además, era demasiado tarde.

(Continuará en el número próximo.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHÉ Y D. TURULATO



¡YA PODÍA MIRAR POR DONDE PISA! ¡PEDAZO DE MENDRUGO!

¡SI NO PUSIERA EL PIE DEBAJO NO LE PISARIA! ¡CACHO DE CEPORRO!



ESE INSULTO NO LO TOLLERO YO. SI USTED ES CABALLERO NOS VAMOS AHORA MISMO AL CAMPO DEL HONOR.

AHORA NO PUEDO PORQUE TENGO QUE IR A JUGAR A LA RANA, PERO MAÑANA IRÉ.



¡ALAS DIEZ!

¡A LAS DIEZ!

¡A SABLE!

¡A SABLE!

¡NO FALTARÉ!

¡NO FALTARÉ!



¡AY CURRINCHÍN DE MI VIDA! ¡TE VAS A QUEDAR SIN DON TURULATO! ¡MAÑANA A LAS DIEZ ME VOY A JUGAR LA PELLEJA EN EL CAMPO DEL HONOR!

¿POR DÓNDE CAE ESO?



¿Y DICE USTED QUE EL DUELO ES A SABLE?

A SABLE. Y MI ADVERSARIO ES UN HACHA CON EL SABLE. CREO QUE DA SABLAZOS DE HASTA DOS MIL PESETAS

NO SE APURE. TENGO UNA IDEA



YA NO FALTA MÁS QUE MEDIA HORA PARA QUE A ESE TIO DE LOS BIGOTES LE REBANE YO LA NUEZ

¡EL "AFILAOOR!"



OYE, MORENO; SI ME LO DEJAS BIEN AFILADO TE CONVIDO A UN VERMUT CON ANCHOAS

VA A QUEDAR COMO UNA GUILLOTINA



ME LO DEBE DE HABER DEJADO COMO UNA NAVAJA DE AFEITAR PORQUE HAY QUE VER LAS CHISPAS QUE ECHABA



¡ARREA! ¡ESE MORENO ME HA DEJADO SIN HOJA!

¡¡EN GUARDIA, POLLO!!





**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡VOY A DARMÉ  
UN PASEITO  
PUES ME DUE-  
LE MUCHO LA  
CABEZA



¡CUANDO VUELVAS  
TRÁETE A LOS  
CHICOS!



¡ADIÓS VALERIANO,  
HASTA LUEGO  
QUE ME VOY  
A CASA!



¡TRÁETE A  
LOS CHICOS!



¡OJALÁ!



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**

¡LA TIERRA DE LAS  
CARTAS NO ES PROPICIA  
PARA MÍ, PUES YA  
ESTOY METIDO EN UN  
NUEVO JALEO!



¡ME OCULTARÉ  
DETRAS DE ESTA  
PALA!



¡ORI!



¡JA!  
¡JA!



¡ERA UN  
CUERVO!



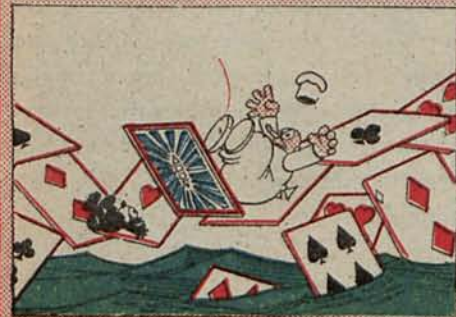
¡ESTE TÍO  
CORRE MÁS QUE  
UN AUTO!



¡VAMOS AL  
PUENTE!



¡ASÍ  
NOME  
PUEDE  
PILLAR!





# CUENTOS DE CALLEJA

## LA (A)ITA DEL BOSQUE

Castillo

**U**N pobre leñador vivía con su mujer y tres hijas en una humilde cabaña, cercana a un bosque grande y espeso, en el que era difícil entrar sin extraviarse. Una mañana, cuando se despidió el leñador para ir a cortar árboles, dijo a su mujer:

—Hoy tengo que trabajar mucho y no podré venir al mediodía; mándame la comida con nuestra hija mayor. Como no sabe ir por el bosque, y podría perderse, me llevaré un saquito de maíz e iré sembrando con granos el sendero que debe seguir para dar conmigo sin dificultad.

A eso de las once salió, en efecto, la hija mayor, que se llamaba Lucía, con un pucherito lleno de cocido y un pedazo de pan; fué siguiendo la dirección de los granos de maíz; pero, cuando ya se había internado mucho, no encontró el menor rastro, pues los pájaros se lo habían comido todo.

Siguió, no obstante, la muchacha andando y divisó a lo lejos una lucecita. Encaminóse hacia la luz, y al cabo de media hora llegó al punto de donde salía, que era una casita en lo más enmarañado del bosque; empujó la puerta y penetró en la habitación. Había en ella una gran mesa y un sillón. En éste se hallaba sentado un anciano. En la habitación había además un gallo, una gallina y un ternero, a los que el anciano acariciaba con frecuencia.

Contóle Lucía lo que le había sucedido y le rogó a aquel señor que la permitiese descansar allí durante la noche.

La escuchó el anciano en silencio, y, en vez de contestarle, volvió la cara hacia los tres animales, que parecían haber escuchado aquéllo con interés.

El gallo cantó, la gallina cacareó y el ternero dió tres mugidos. Entonces el viejo se pasó la mano por la barba, y dijo a Lucía:

—Te concedo hospitalidad por esta noche; aquella puerta es la de la cocina; allí encontrarás todo lo que hace falta para hacer una buena cena.

Cenaron, y Lucía no quiso molestarse en preguntar si los animales estaban hambrientos. Terminada la cena, preguntó dónde podría pasar la noche. El anciano contestó con voz seca a la pregunta de la joven:

—¿Ves aquella escalera? Súbela y encontrarás dos alcobas, cada una con su cama; escoge la que quieras, y yo me acostaré en la otra; pero te advierto que las dos camas están sin hacer y debes arreglarlas.

Subió la joven, y como estaba rendida de cansancio, en cuanto hizo la primera cama se quedó dormida sobre ella; pero se abrió una trampa en el suelo, y la cama en que dormía Lucía bajó hasta un sótano muy profundo y frío, volviendo a subir a los pocos momentos, pero sin la muchacha.

Al otro día dispuso la comida la mujer del leñador y mandó a su hija, segunda, que se llamaba Timotea, que llevase a su padre una cestita, donde había colocado una cazolita con un guisado de patatas y una libreta de pan.

Timotea siguió el camino que su padre había marcado por un reguero de bellotas; pero, a poco de haber emprendido aquella senda, observó que ya no había bellotas; sin duda, pensó, habrá pasado por aquí alguna piara de cerdos y éstos se las han comido. Siguió, pues, adelante, y, como su hermana mayor, divisó la casita misteriosa, contenta de encontrar albergue donde pasar la noche. Allí le ocurrió lo mismo que a su pobrecita hermana.

El gallo cantó, diciendo:

*¡Qui-qui-ri-qui!  
¿A qué hora se come aquí?*







La gallina cacareó:

¡Cuac, cuac, cuac!

¡La gallina con hambre está!

Y, por último, el ternero mugió:

*Como saben que no tengo dinero,  
De comer nadie da al pobre ternero.*

Cenó bien; pero no quiso preguntar al viejo si habían comido los animales, y no hizo más cama que la suya. Fué castigada de igual modo que Lucía, y ambas hermanas lloraban amargamente en el sótano.

También se extravió en el monte la tercera hermana que se llamaba Anita, y le ocurrió lo que a Lucía y Timotea.

Otra vez el gallo cantó.

Y la gallina cacareó:

¡Cuac, cuac, cuac!

¡Lo gallina con hambre está!

Y el ternero añadió:

*Como saben que no tengo dinero,  
De comer nadie da al pobre ternero.*

Pero Anita no hizo lo que sus hermanas, sino que acarició a los animales, y cuando preparó la cena no se sentó a comer sin buscar avena y maíz para los animales y heno para el ternero.

Anita, después de hacer la cama mejor para el anciano, arregló la suya modestamente.

Al despertar por la mañana, le costó dar crédito a sus ojos. La modesta alcoba en que se había acostado

la noche anterior había desaparecido, y en su lugar veía una habitación espaciosa y elegantísima; la cama era de marfil con incrustaciones; los muebles eran primorosos; había veinte damas al servicio de Anita.

Llamaron a la puerta y entró un arrogante joven, a quien seguían dos pajes con rica librea.

El joven sonrió

dulcemente a Anita, y le dijo inclinándose respetuosamente ante ella:

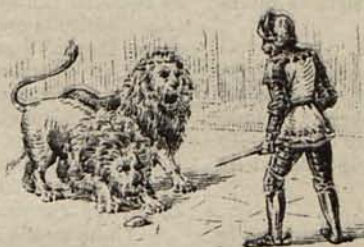
— Gracias a ti, he salido del encanto en que hace algunos años me había sumido una bruja, con la que no quise casarme. Soy un príncipe heredero de un reino poderoso, y mis dos amigos más fieles y la esposa de uno de ellos fueron víctimas de la misma hechicería, y quedaron convertido: el uno en ternero, el otro en gallo y su mujer en gallina, y así hemos vivido, esperando que llegase una joven que no fuera egoísta y se mostrara servicial y cariñosa, no sólo conmigo, sino

con los animales, pues sólo así podía cesar el encanto, como ves. Tus dos hermanas llegaron una tras otra a mi casa y alcanzaron en ella hospitalidad; pero sólo atendieron a satisfacer sus propias necesidades y no hicieron caso de los animales, por lo cual ahora expían su olvido o su dureza en un sótano húmedo

y obscuro. Tú, que has sido cariñosa y servicial para todos, nos has desencantado, y en premio te prometo presentarte al rey, mi padre, y ofrecerte, si me quieres, la mano de esposo.

La niña aceptó con alegría y gratitud; pero dijo que no sería feliz si no obtenía antes el perdón de sus hermanas y si no las veía, así como a sus padres, junto a ella.

El príncipe, que era bueno y generoso, accedió a perdonarlas; ordenó que las sacaran del subterráneo donde estaban, y que saliese una carroza, tirada por seis caballos de color de perla, a buscar al humilde leñador y a su mujer. Figuraos el pasmo de aquellos infelices al oír que una carroza tan magnífica venía a buscarles a ellos. No fué menor la alegría de las hermanas al verse, no sólo fuera de aquel calabozo, sino vestidas como princesas y rodeadas de esplendores. Comprendieron entonces lo mal que habían hecho siendo egoístas, y en adelante imitaron en todo a su hermana, gracias a lo cual merecieron que dos duques de la corte del rey las hicieran sus esposas. Grandes y famosas fiestas celebraron la felicidad de todos.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chonón.  
—Buenos días, mi querido buho. ¿De qué vamos a hablar hoy?  
—Pues hablaremos de lo que tú quieras.  
—Eres muy amable, mi sabio buho. Vas, pues, a decirme de dónde procede el gas del alumbrado público y cómo se obtiene.  
—Pues ese gas procede del carbón de hulla. Yo creo que en otra de nuestras charlas, hablando de las minas de carbón, te lo dije.  
—Lo recuerdo; pero nada hablamos de cómo se obtenía el gas. Yo sé que desde la fábrica del gas arranca una red de cañerías que lo distribuye por todas las farolas que hay en la calle. Y sé también que en cuanto empieza a anochecer sale un ejército de faroleros, y, con una lucecita de alcohol que llevan en el extremo de un chuzo, encienden en un periquete todos los faroles que iluminan de noche la ciudad. Pero lo más importante para mí es saber cómo se obtiene el gas.  
—Yo te lo explicaré, curioso Chonón. En primer lugar has de saber que el inventor del gas fué un ingeniero francés del siglo pasado, llamado Felipe Leblón. Al principio, el uso del gas tuvo muchos detractores, entre ellos algunos sabios eminentes. Uno de ellos llegó a decir en Inglaterra que si el puente de Londres se alumbrase con gas corría toda la ciudad el peligro de envenenarse.  
—¿Y dices que eran sabios los que así hablaban?  
—Sin duda alguna lo eran. Pero es que en la época en que esto se afirmaba no estaba todavía descubierto el procedimiento de purificar el gas, y las emanaciones que se desprendían de la combustión de este cuerpo eran perniciosas en extremo. Otro sabio inglés afirmaba que para poder usar un gasómetro sin peligro sería necesario colocar sobre el mismo un peso tan grande como el de una inmensa montaña, pues de otro modo no podría resistir la fuerza expansiva del gas.  
—No sé lo que es un gasómetro, mi querido buho.  
—Ahora lo sabrás. El elemento principal en toda fábrica de gas es el carbón de hulla. Este se deposita en gigantescos depósitos llamados retortas, que consisten en unos tubos de hierro o de arcilla, muy gruesos, que están empotrados en un horno de grandes proporciones, donde se mantiene una elevadísima temperatura a fin de que se cueza el carbón.  
—¿Pero es que el carbón puede cocerse?  
—El fuego lo cuece y lo derrite del mismo modo que la nieve bajo la acción de los rayos del sol. Al ocurrir esto se efectúa un fenómeno que es el origen del gas. Del carbón derretido se desprende un humo sucio y de muy mal olor, que es el gas. Este humo es muy inflamable y peligroso para el hombre; porque aspirándolo en bastante cantidad, determina la asfixia.  
—Entonces, el uso del gas en las casas ofrecerá muchos riesgos.  
—Teniendo el cuidado de no dejarlo escapar sin que se queme, no hay temor alguno. Además, el olor del gas descubre en seguida que hay algún escape, y este aviso nos advierte que debemos buscar el sitio por donde se escapa y cerrarlo. Es conveniente, en un caso así, abrir los balcones y ventanas para que entre el aire puro.  
—Bueno; sigue con la fabricación del gas.  
—Cuando la hulla se ha derretido, el humo se escapa por un conducto libre que tienen las retortas, y, después de pasar por una serie de cañerías, va a parar a un depósito de agua, arcilla y otras substancias, donde se purifica y limpia, quedando en condiciones de arder con una llama brillante, sin olor y sin humo. Llega, por

último, al gasómetro, que es un depósito de grandes dimensiones y forma cilíndrica, cuyo fondo es un estanque de agua. Como el gas pesa menos que el agua y que el aire, flota en el espacio vacío del depósito.

—¿Y no hay peligro de que éste reviente?

—No lo hay; porque este depósito, que es de hierro, está hecho de forma que puede aumentar su capacidad o disminuirla, según el gas que contiene.

—No lo comprendo. Si el hierro fuese elástico como la goma, no tendría ninguna duda; pero no veo la forma de que el hierro pueda dar de sí.

—No hace falta que dé de sí, amigo Chonón. Suponte dos vasos de metal, hechos de tal forma, que el uno ajuste bien dentro del otro, y que en la base del que queda al exterior haces un agujerito y soplas por él. ¿Qué sucederá entonces?

—Pues que la fuerza del aire empujará al vaso que está en el interior y lo hará subir poco a poco.

—Y entre los dos vasos se irá haciendo un espacio, que se llenará de aire, ¿no es eso?

—Exacto.

—Y este espacio será mayor o menor, según la fuerza con que tú soples.

—Comprendido.

—Pues ya ves cómo sin ser elástico el hierro puede hacerse con él un depósito que varía de capacidad como si fuese de goma.

—Tienes muchísima razón. Ya me he hecho perfecta cuenta de lo que es un gasómetro.

—Con este depósito elástico se cumplen dos finalidades: una, la de contener cantidades variables de gas, y otra, la de tener a éste sometido a una presión suficiente para hacerlo llegar hasta nuestras casas. Desde el gasómetro penetra por unas cañerías que van bajo tierra y se distribuye por farolas, cocinas, fábricas, aparatos de calefacción y otras múltiples aplicaciones que tiene este cuerpo tan útil. Esos mismos globitos de colores que son el encanto de los niños están llenos de gas.

—¿Y cómo es que suben por el aire?

—Ya te he dicho antes que el gas pesa menos que el aire y por eso tiende a subir.

—Yo he tenido muchas veces globitos de estos y me han durado muy poco. Casi todos al siguiente día de comprarlos ya no subían, se arruga la goma de la envoltura y se quedan hechos una lástima. ¿Por qué sucede esto?

—Porque el gas es un cuerpo tan sumamente fluido, que va escapándose poco a poco por los poros de la envoltura del globo, hasta quedar en completa libertad. Es un prisionero muy difícil de tener encerrado. Aun por las tuberías de hierro encuentran siempre salidas por donde escabullirse. Si te fijas en la tierra que rodea estas tuberías, verás que está negra por efecto del gas que se desprende de ellas.

—Oye, querido buho, si aquellos sabios que tan mal hablaron del gas levantarán la cabeza y vieran una población moderna toda alumbrada con este elemento, ¿qué dirían?

—Pues qué iban a decir: que el gas que ellos conocieron no era como éste que nos ilumina. Aquél ofrecía muchos inconvenientes y pocas ventajas, y éste de ahora puede usarse con toda tranquilidad.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Ya ves; a pesar de ser tan mayorcito ese señor que toca el violín, mira qué bien juega con la muñeca.  
XIMPA V.



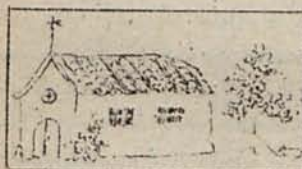
El amigo de Curuche admirando una mosca.  
M. MORALES.



Barcaza saliendo.  
N. N.



Un elegante.  
JOSÉ M. PÉREZ PRAT.



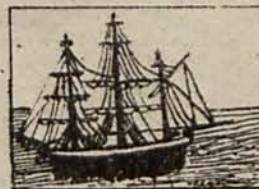
Mi casa de campo.  
IGNACIO P. V.



En alta mar.  
ROMÁN JUGO.



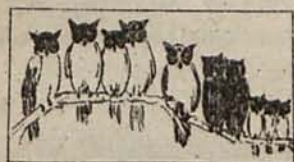
Mi perro Tom.  
ROSARIO LOSADA.



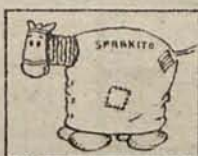
Barco de pesca.  
JOAQUÍN REQUENA.



Panchito.  
ANITA CEMBORAIN.



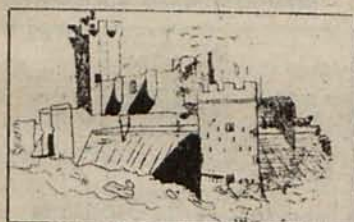
En familia.  
LUIS VIDAL RIBAS.



Sparkito.  
ALFONSO BLANCO.



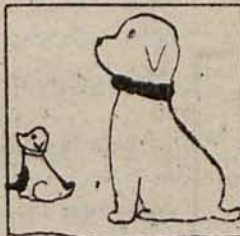
Locomotora.  
E. LÓPEZ JORDÁN.



El castillo de La Mota.  
L. GUERRERO.



Un enano.  
MANUEL SÁNCHEZ.



Madre e hijo.  
R. L.



La cabeza de Tim.  
M. MORALES.



Pinocho, al punto.  
C. RODAS.



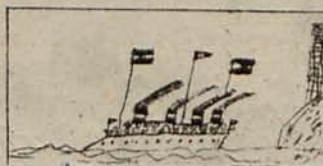
El «auto» de Pinocho.  
E. LÓPEZ JORDÁN.



Pinocho.  
ANTONIO ROGEL.



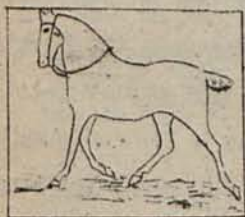
Un balón.  
A. ARBOIX.



Transatlántico español.  
M. B.



El amigo de mi hermano.  
LIA ESTHER LÓPEZ.



Un buen modelo.  
RAMÓN BÁEZ.



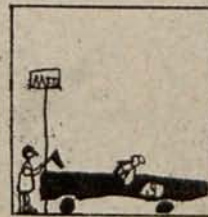
Rodolfo Valentín.  
LUIS GUERRERO.



Perfil.  
CARMELITA SANTIAGO.



Un indio.  
EULALIA GARRIGA.



Pinocho, vencedor.  
F. CASANOVAS.



Uzcudun.  
J. TORRECILLA.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

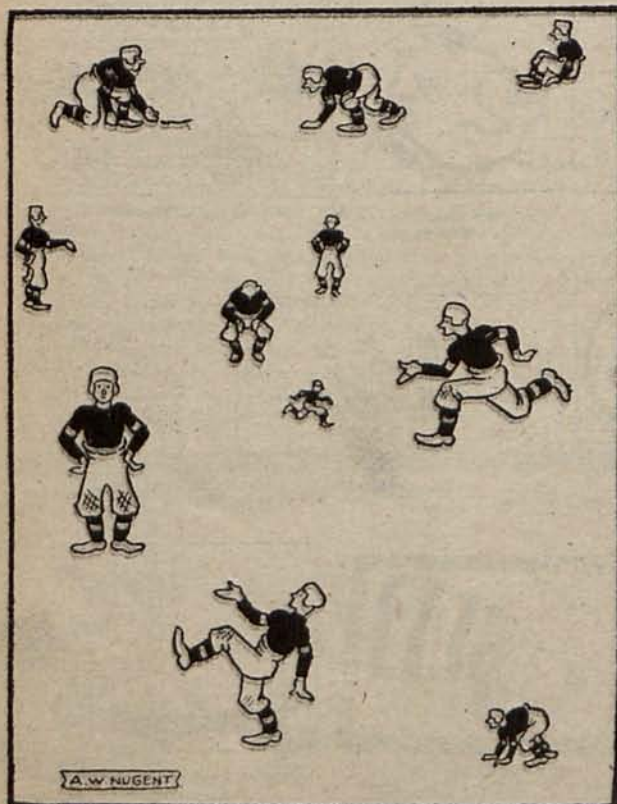
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL BAÑO



Estamos en la época del frío, pero esa época rige solamente para nosotros... Para los animales, el frío les es tan indiferente como el calor, y si no en este dibujo tenéis la prueba. A pesar de lo elevado de la temperatura, aquí tenéis a una cuadrilla de amigos nuestros (digo amigos porque estamos acostumbrados a verlos en estas páginas) que han organizado una juega acuática y se están divirtiendo de lo lindo. Como que tres palitos que estaban nadando tranquilamente, contemplando el paisaje, al ver venir sobre ellos tan variada cábila, se han ocultado rápidamente bajo las aguas... ¿Sabéis dónde están?... ¿Sí?... Pues a demostrarlo...; las cosas claras y el chocolate espeso,

## LOS FUTBOLISTAS



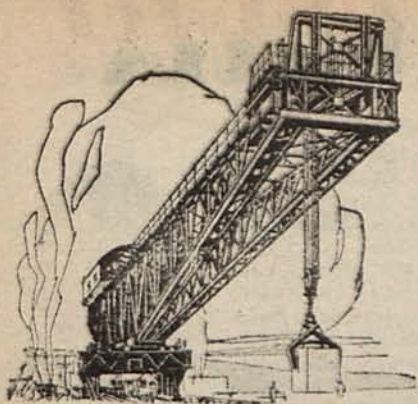
Un equipo de fútbol. Pero con la contrariedad de que aquí están regañados todos los jugadores, tan regañados que en el dibujo los podéis ver en el momento de ir a pelearse. Es preciso, por lo tanto, separarlos, para lo cual nos bastará trazar cuatro líneas rectas y quedarán así completamente aislados unos de otros.

## DIBUJO CON ERRORES



Intrépidos pinochistas: un nuevo dibujo con errores y con nueve nada menos, tan garrafales como, por ejemplo, el del tirante que le falta al muchacho... ¿Cuáles serán los otros ocho?... ¡Ah!... ¡He ahí el misterio!...





## El Meccaninfo de hoy es el ingeniero de mañana

No existe en todo el mundo otro pasatiempo que pueda rivalizar con el de construir modelos Meccano ó que proporcione tanto interés y diversión. No solo no hay límite al número de modelos que pueda construir el Meccaninfo, sino, una vez acabados y listos para funcionar, puede manejarlos de la misma manera que los verdaderos ingenieros hacen funcionar en la práctica los mecanismos de nuestras fábricas é industrias.

El juguete Meccano es como si fuese una inagotable fuente para los jóvenes, facilitándoles el poder proyectar nuevos mecanismos y nuevas estructuras y permitiéndoles convertir concretamente sus más recientes ideas. En el año actual los Equipos Meccano son más completos y más superiores que nunca.

Pida á su proveedor detalles de todas las innovaciones Meccano del año.

Equipos desde Ptas 12.50 a Ptas 1100.00 en los principales Bazares y Librerías

*Insista que su equipo lleve la marca Meccano*

# MECCANO



**Pídanos este magnífico librito**

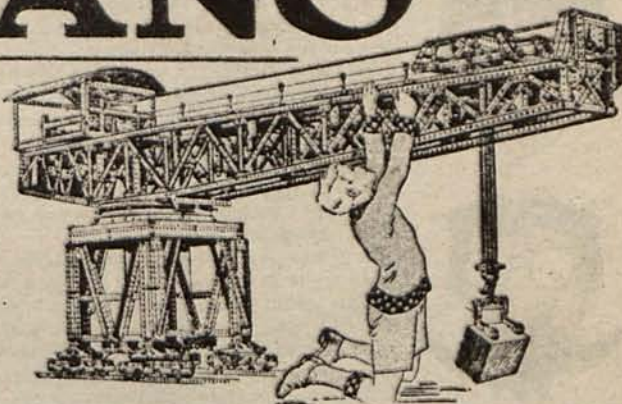
Este nuevo librito "El Tesoro de la Juventud" contiene pormenores completos de nuestro Meccano.

Nuestro Agente tendrá sumo gusto en enviarle gratuitamente este magnífico librito, al recibir sus señas, así como las de tres de sus camaradas. Indique el número 15 á continuación de su nombre, como referencia

Agente para España y Portugal:

**José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona**

Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA



## Dirija su propio ferrocarril!

Si Vd. es bastante afortunado poseyendo un Ferrocarril HORNBY, podrá desarrollar todas las diferentes operaciones de una línea férrea de la misma manera que los ferroviarios operan en las grandes redes modernas. Dispone de vías principales, vías auxiliares y desvíos etc.—en efecto, con los numerosos accesorios de la serie HORNBY, asemeja su ferrocarril á la realidad más perfeccionada de uno de verdad.

Los TRENES HORNBY son famosos en todas las partes del mundo. Son fabricados por la Sociedad Meccano Limited, siendo contruidos con los mejores materiales y llevando nuestra más firme garantía.

Precios de Trenes Hornby desde Ptas 27.50  
a Ptas 200.00

# TRENES HORNBY

Agente para España y Portugal:

**José Palouzié Serra (Sección D),  
Industria 226, Barcelona**

Productos de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

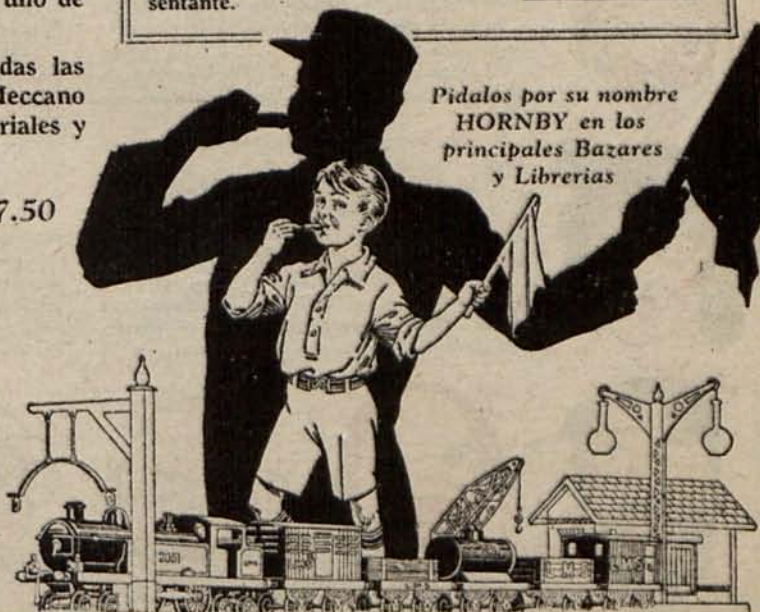
### NOVEDAD

**El novísimo librito Hornby**

Todo aficionado de ferrocarriles deberá poseer nuestro librito titulado "Como divertirse con un Ferrocarril Hornby." Precio 75 cts. Puede obtenerse en casa de su proveedor ó directamente de nuestro representante.



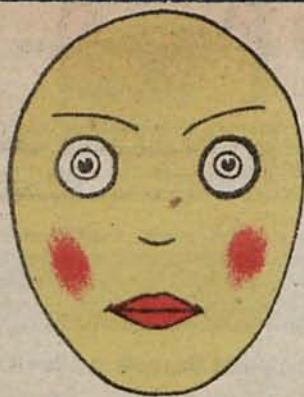
Pídanlos por su nombre  
**HORNBY** en los  
principales Bazares  
y Librerías







## CHARLAS DE PIRULA



**Caras y visajes.**— Seguramente habréis oído decir que «la cara es el espejo del alma»; no es verdad; lo que es el espejo del alma no es la cara, sino su expresión. Porque, decíme a mí, ¿si una per-

sona no puede ser muy buena y tener — sin culpa alguna — las facciones feas, los ojos chiquitos, la nariz grande, los dientes irregulares?

Y decíme a mí, si la misma persona ¿no resultará encantadora con tal de que su expresión sea simpática y risueña?

En cambio ved... no, no quiero nombrarla, pero todas comprenderéis a quién me refiero; ved a esa niña, que todas conocemos; está inmóvil en un rincón de la habitación, con la cabeza gacha, un puño junto a la boca y — Dios me perdone si la calumnio —; pero me parece, me parece que hasta se está chupando el dedo pulgar.

Sabemos que es bonita; pero en este instante nadie lo diría; sus ojos parece que se han achicado, su nariz se ha alargado súbitamente y su boca adopta la forma, poco grata, de un hocico. Tiene, en fin, lo que suele llamarse «cara de pocos amigos», sin duda porque cuando una persona tiene esa cara nadie quiere ser amigo suyo.

¿Cómo es posible que una niña guapísima se transforme de repente en una niña fea y, peor que fea, antipática? Muy sencillo: porque está de mal humor, porque su mal geniecillo le sale al rostro, porque los sentimientos se reflejan en la expresión y la expresión es lo que transforma la cara.

Recordad algunos ejemplos: Si una persona se sorprende, parece que todo en su cara «sube hacia arriba», sobre todo las cejas.

Si medita profundamente, parece que todo «se frunce», principalmente la frente. Si tiene pena, todo «baja», principalmente la boca.

Si tiene una alegría o algo le hace gracia, todo «se ensancha», principalmente las mejillas.

Y si se enfada, todo «avanza», principalmente los labios.

Como es natural, todo esto lo tienen muy bien estudiado los artistas de teatro y los de cine; y cuando quieren expresar algo, más aún que con lo que dicen o con lo que rezan los letrados, y más que con el tono de voz o con el gesto, lo expresan moviendo las diversas partes de su rostro.

Con las cejas, los labios, la nariz o la

frente, expresan Mary Pickford o Janet Gaynor la dulzura ingenua; Lon Chaney, el espanto; Greta Garbo, la astucia; Antonio Moreno, la lealtad; John Gilbert, la simpatía; Charlot, la desilusión; Chiquilín, el dolor; Mary Prevost, la malicia.

Pero no os aconsejo que probéis vosotros mismas, delante de un espejo, a cambiar de cara, haciendo visajes que reflejen diversas expresiones; nada afea y provoca arrugas prematuras tanto como las muecas.

Hay una manera de comprobar los cambios de expresión, que es inofensiva y resulta más divertida que ninguna.

Me refiero a los álbumes recortables de «Maña y Risa» que están consagrados uno a una cara de hombre y el otro a una cara de mujer.

¡Ese juego sí que es divertido! Se tiene a la disposición de uno, recortadas, toda clase de facciones diferentes y se ve cómo con poner una nariz en lugar de otra o con colocar más o menos a los lados las pupilas de los ojos, cambia enteramente la expresión del rostro.

También resulta muy divertido si juegan varios niños a este juego, y suponiendo, naturalmente, que cada uno disponga de uno de estos álbumes, organizar concursos a cuál hace la cara más fea, o la más bonita, o la más iracunda, o la más alegre, o la más dulce, o la más tonta.

Y se tiene la sensación de haberse convertido de repente en un gran dibujante...

## PIRULA REPOSTERA

**Golosinas de diciembre: dos recetas de naranjas.**— **Buñuelos.**— Se eligen naranjas grandes y maduras; se les quita la cáscara y la piel blanca y se cortan en rajitas de un centímetro de grueso; se dejan macerar en un jarabe al kirsh. Por otra parte, se prepara la masa corriente de los buñuelos (con huevo batido, harina, leche y azúcar) perfumada al kirsh; en esta masa se envuelve cada raja y se frien y doran luego en aceite muy caliente; por último, se sirven espolvoreadas con azúcar en abundancia.

**Gajos escarchados.**— Se mondan cuidadosamente naranjas que estén muy maduras y que sean muy dulces y se separan los gajos. Se prepara un almíbar. Se enhebran los gajos con un hilo fuerte, utilizando para ello una aguja, y haciendo nudos en el hilo a fin de que los gajos queden separados unos de otros y no puedan tocarse. Se mojan los gajos enhebrados en el almíbar, se cuelgan del hilo y se dejan hasta que se sequen; entonces se vuelven a mojar en el almíbar. Debe repetirse hasta tres veces esta operación, que es muy sencilla y puede ser efectuada sin peligro por mis Pirulindas.

